

DEL LIBRO «PIEL EN VANO»

P O R

JOSE ALBERTO SANTIAGO

A Rafael Conte

¿Cómo puedes estar satisfecho contigo mismo si no sabes quién eres ni qué debes hacer con tu vida mientras estás en este mundo?

SÓCRATES

¿Qué piensa un hombre optimista?

Pío BAROJA

DOLOR

Vivir tranquilo es fácil. Uno escribe denunciando los hechos. Con razones humanísimas, tiernas. Afiebrado por justa indignación y causas nobles:

«Hablemos del dolor. No en soledades. No en vergüenzas. Fracasos. Abyecciones. No el dolor de saber. Dolor de sitios donde se abruman yo y el mundo. Insomne dolor intelectual. Esa impotencia que conviene —se dice— al desconforme.»

«Hablemos del dolor en carne y hueso. El dolor con microbios. Inyecciones. Bisturíes. Termómetros que suben. Un dolor, por ejemplo, en los riñones. Un dolor animal. Un ronco abismo donde acecha la muerte. Donde impone su vacilante sombra la esperanza. Un dolor que horroriza por la noche.»

«Hablemos del dolor en carne y hueso. El dolor, por ejemplo, de los pobres. Ese dolor parado en los pasillos. Envuelto en pañuelitos. Con el nombre sin comprender del todo. Esa paciencia,

ese dolor con números en sobres
que encierran la verdad. La fe. La angustia
de achicar más el pan. De que se ahogue
el mes. La risa. El mundo. La desgracia
que aumenta intensidad a los dolores.»

Pero en verdad, mejor la medicina.
Un calmante. Los simples algodones.
Y no la poesía. Los poemas
todavía son lujo entre los hombres.
Los hechos, que le llaman. Lo difícil
de llenar solamente dando voces.

ACTORES

Mis compañeros de labor. Las gentes
que se dedican a intentar ser otras.
Y entretejen sus nervios. Y se visten
con su imaginación algunas horas
alegres de ser máscaras. Y luego
andan a tientas sin hallar la propia.
Y enfrentan el amargo desamparo
tras la presentación, la sala en sombras.
Recuerdan un saludo. Los aplausos.
Otro saludo. Aplausos nuevos. Gloria.
La gente agradeciendo que los monstruos
se evaporen al fin. Sean personas
pagadas. Educadas. Obedientes.
Sin voces. Sin preguntas. Pobres. Solas.

(Claro los viajes el llevar cultura
el callejón furtivo ojo la ropa
cuidar la voz el frío los andenes
las pensiones de paso el que se asoma
con timidez con sueños deslumbrado
y el que busca aventuras y la ropa
de nuevo y el cansancio y la cultura
no hay tiempo para amigos y la loca
carrera a los andenes las esperas
les traemos cultura ojo la boca

hace frío qué pasa por el mundo
hay tiros como siempre a quién le importa
interesan las críticas no hay tiempo
si pudiera dormir ojo la ropa
les traemos cultura les llevamos
cultura ojo la voz ojo la ropa.)

Sin embargo, se vuelve compañeros
de labor. Uno siempre desemboca
en escena. El teatro, compañeros
de labor, no se olvida ni perdona.
El teatro es de fiebre. Es una angustia
para toda la vida. La espantosa
vida de los fracasos. Los ayunos.

El miedo a la vejez. La vida agónica
al margen pero a fondo. Persistiendo
con terca voluntad en una historia
entre paredes de papel. Espadas.
Luces. Pasillos. Entre tablas rotas
hasta encontrar el gesto del abrazo.
La libertad de uno. La derrota
del ser que somos. La ración de risa.
De mejor. De peor. De fin. De forma,
que siempre es tan escasa. Tan ajena.
Tan para nada. Tan poquita cosa.
Tan igual a la vida, compañeros,
entre inciertas razones y tramoyas
descascaradas. Siempre persistiendo
—se vuelve, sí, se vuelve— entre rabiosas
llamadas, gritos pobres, al intento
de sentir una vez la vida toda.

ENFERMEDAD

Este cuerpo. Mi cuerpo. Este envoltorio
de mí mismo en su piel color hallado
que no soy yo. Pero me es. Me asume.
Me demuestra de mí. Me fuerza a usarlo,
está enfermo. Y me duele. Y me condena

a estar en una cama. Abandonado
de mí. Sin disponer de mis deseos.
Sufriendo su destrozo. Contagiado
de su miedo a la muerte en esta noche
que no quiero morir. Aunque asustado
conjeture que sí. Y el cuerpo sepa.
Y el dolor se me aumente horrorizado.

Oh este miedo sin nombre. Miedo en carne
que tiembla contra mí. Huesos tapados
queriéndose salir. Y yo en mi angustia
sin atinar qué hacer. Desesperado
como un payaso en medio de un incendio.
Como un pobre animal en un naufragio.

Yo no quiero morir, cuerpo. No quiero
que me obligues no ser. Me hagas fosfatos,
ciega piedra hecha nadie. Para siempre
muerto de mí. Ya muerto resignado.
Sin tocar. Sin oler. Sin ver poemas.
O mujeres. O risa. O cielo. O algo.
Ya saucemente polvo. Oh yo no quiero
morir. Quiero vivir. Vivir Santiago.

Cuánto dolor de más. Cuánta desgracia
cabén en una noche. En este cuarto.
En este todo el mundo que yo vivo
y habitan solamente yo y mi espanto.

INFANCIA

Por ejemplo, la infancia. La inconsciencia
que se supone alegre. El escondido
terror de por las noches. Los zapatos
que hay que cuidar. La gente. Los prohibidos
sucesos que perturban. Todo el mundo
que espera. Accha. Finge. Esconde gritos.

(Acaso no recuerde. Me desquite.
Tal vez todo es niñez que no he vivido.
Un día —esto es quién sabe— estoy llorando

y busco unas monedas que he perdido.
No puedo ver de lágrimas y noche.
Mi madre está muy triste. No he comido.
O acaso no era así. O acaso entonces
yo tenía los ojos ya sin niño.)

Pero, ¿qué me lamento? ¿Qué se busca
detrás de cada historia? ¿Un pronto olvido
que no alcanza hasta hoy? ¿Una sonrisa
que muchas veces era de histerismo?
¿La falta de piedad? ¿Una ignorancia
que no llegaba al fondo? ¿El ejercicio
de un ocio abrumador? ¿El sobresalto
de algún descubrimiento sin motivo?

(Después los padres crecen. Con los años
terminan pareciéndose a uno mismo.
Nos comprenden un poco. Los queremos.
Piensan en Navidad. Saben sufrirnos.
Les hace gracia que escribamos versos.
Los extrañamos. Llenan los domingos.
Tal vez porque estuvieron siempre solos.
Demasiado, en mis tiempos de ser hijo.)

Porque ninguna infancia es un palacio.
Existen los rincones. El realismo
del mundo. La razón sin una causa
y otros dolores: pecho reducido.
Tener que trabajar. Algún maestro.
Enfermarse. Pedir. Ser casi mínimo.
Ir aprendiendo cosas importantes
y una mañana despertar ridículo.

Oh, no. No es un palacio para nadie.
Es otro no vivir. Otro suplicio.
Otro modo de angustia. Otro fracaso
que el tiempo —un triste tiempo— hace espejismo.

ELEGIA ABSURDA

Te dije adiós, amor que no ha pasado.
Que ya nunca será. Que nunca pudo
ocurrirme tal vez. Que he fracasado
con la victoria estéril del astuto,
su tortuoso temor. Porque procedo
como si la alegría fuese un nudo
y el beso una piedad. Como si el llanto
no fuera una razón por el absurdo.

(Nada queda de ti. Ni tu recuerdo.
Eras pequeña. Eso lo sé. Y confundo
tu estatura y mis hombros. Tu sonrisa
con una ilustración. Tu voz con humo.
Sólo te sé de no. Sólo es visible
la cobardía que tan tarde asumo.)

Te dije adiós. Y sé que no te he dicho
pequeña sola. Ni que el tiempo es puro
vivir a tiempo. Ni que todo es frágil
y se vuelve a empezar cada minuto
como si fuera un siempre. Aunque sepamos
que ninguna verdad dura en un puño.
Aunque nos duela la ilusión. Y hallemos
que más allá de todo sólo hay muros.

(También hablar después es cobardía.
Y esta angustia es cobarde. Y este oscuro
intento de forzar la propia sombra
con tono de elegía. Y el recurso
de usarte de pretexto en un poema
de una infantil piedad por lo absoluto.
Estoy triste. Eso es todo. Te he perdido.
Hay demasiado adiós en este mundo.)

EL OJO

Este extraño animal que me contempla,
mi propio ojo. Células que dictan
cuanto sabré del mundo. Y mi mirada,

sitio por donde salgo a estar con vida,
buscamos la verdad.

Pero este ojo,
esta pequeña bestia estremecida
que me informa del cielo. De los surcos.
De los libros. Del sol. De las esquinas,
comienza el mundo. Mi ojo ya es el mundo
que me describe el mundo. Que me grita
desde el medio de mí. Ruge que todo
es un alud caliente de noticias
en forma de color. De árbol. De niño.
De mendigos. Y finge que se olvida
el porqué de las cosas. Se equivoca
confundiendo espejismos con medidas.
El absurdo con hechos. Sus costumbres
con leyes. Su cansancio con justicia.
Y yo, el que soy sabiendo. Yo. Lo otro.
Lo que aguarda en el ojo. Una agonía
sin solución. Un poco de conciencia
debatándose en sombras. Yo. Porfía
por tocar la verdad. Mezclando datos
que no alcanzan o sobran. Yo. Desdicha
manoteando fantasmas. Condenado
a vivir para siempre entre mentiras
miro este ojo.

Mi ojo inescrutable.
Este duro animal que escalofría.

COMENTARIO A LOS HECHOS

Esta noche con vino, con cansancio,
te extraño más que nunca. Recupero
—a veces lo perdí— tu ser de amante.
La fiesta de tu amar. Tu darte en pleno.
Tu alegría de mí. Tu estar sin deudas.
Sin la decoración del poco sueldo.
Los libros que no escribo. Las sartenes
donde hiciste comida con tus sueños.

Y me pregunto entonces. Y desando
la historia que nos gasta. Los sucesos

de esta asfixiante vida enmarañada
con nuestra boca que se busca. Y siento
que el mundo que me duele. Los soldados
caídos esta noche. Los hambrientos.
Las uñas. Los camastros. Los suicidas
que cierran esta noche. Los recuerdos
de ti. Sola de mí. Desamparada
de mí. Toda esta angustia. Tanto infierno
asciende a ser protesta en este vino.
Se me comporta en grito. Se hace quiero
vivir aquí. Reírnos. Recobrarte.
Que seas. Que seamos. Que los besos
existan en el mundo. Que haya algo.
Que la vida nos toque por un tiempo.

(Este poema, este hace mucho escrito
un tanto melodrama, es un momento
de mi vida. La estéril circunstancia
que me ocurrió. Lo hice padeciendo,
como se nota. Y pienso que al marcharme
—adiós, barco, no olvides, cartas, besos—
fue establecida una posible anécdota
—noche, insomnio, botellas, rabia, sexo—
determiné que yo estaría triste
—costumbre, oficio, situación, sujeto—
libremente elegí, como se dice,
lo que sería: un solo. Pero el hecho
se llenó de detalles imprevistos
—calles, fracasos, hospitales, miedo—
de alusiones vacías que de pronto
—te extrañaré, te desearé, te quiero—
se transformaron en dolor. Y entonces
no fue lo que pensé. Era lo cierto.

En fin, que somos libres. Responsables
—ridículo, ficciones, sufrimiento—
de saber elegir.

Unicamente
un detalle —vivir— no está resuelto.)

EL MAL OCIO

(Llorar los por nacer. Aquellos seres que asumirán un sexo. Un afebrado sexo que perseguir en otros seres. Una mitad en pena del verano en donde aguardan seres. Otros seres que enfermarán su madre hasta el quebranto porque es lo natural. Llorar los seres que esperan sin querer. Los empujados al nacimiento en una piel. Un sitio. Un hambre a lo mejor. Un tiempo usado que se ansía total. Gastar. Vivirlo. Y que rasguñarán sólo de a ratos el día que se pueda. Usar las lágrimas que importan, por supuesto. En fin, el llanto de papel, en llorar aquellos seres que elegirán después con cuerpos dados. Con la infancia que tengan. Con los golpes que hacen los hombres, dicen. Con el fardo de un libro o de ninguno. Y con la angustia de que siempre se muere. De que el brazo da muerte a cada gesto. Y que la muerte ni siquiera es salida; es lo obligado desde el principio. Lo que aquellos seres esperan sin querer tarde o temprano, es simplemente un ocio. Es un mal ocio. Un retorcido modo de escaparnos.

Aquellos seres, en verdad, son nada.
Debemos lamentar un poco de algo.)

ARTISTAS DE VARIEDADES

De tristes camarines deprimidos
con sillas desfondadas. Por los húmedos
pasillos de bodegas y desechos.
Entre cortinas tono falso lujo
llegan —rostro pintado— los artistas
de variedades. Tienen ojos turbios

de miseria. De vino. De inocencia.
Y esperan el momento de su número,
mostrar su habilidad, ante una gente
distráida en mujeres. Copas. Humo.
Que exige tercamente una alegría
a precio de ocasión o de disturbio.

(Antes —siempre hay un antes— nos pagaban
mejor. Nos respetaban. Los apuros
para cumplir contratos! Hubo un tiempo
—siempre hay un tiempo— de completo triunfo.
No nos dejaban ir. Eramos jóvenes.
Ella usaba una piel de zorro ruso.)

Trabajaron un tiempo en un teatro.
Con luces de color. Tras de los muslos
del cuadro tropical. Y antes que actuara
la gran figura su semidesnudo.
No obstante, es el mejor de sus recuerdos.
Un síntoma —hay quien dice— para estudio
de un muy típico lumpen. Sin embargo
es su mejor recuerdo. El menos duro
vivir que han conocido. Al que regresan
a vivir cada vez más a menudo.
En pensiones más pobres. En hoteles
cada vez más siniestros. Más oscuros.

(Ella fue hermosa. El ágil. Ella había
logrado una canción. Tenía gusto.
El, mientras tanto, con sombreros, armas,
un paraguas, un vaso —cine mudo—
compone en un costado los sucesos
de una canción con gentes del gran mundo.)

ABURRIMIENTO

Es verdad. Uno vive. Pero a ratos
solamente se muere. Sólo gasta
alegría o dolor hasta volverlos
un puro aburrimiento. Uno desanda

cón todas estas cosas. Cigarrillos.
Un tacho de basura. Una muchacha
que sabe lo que quiere. Los gorriones
alborotando. Diarios con desgracias.
Bombas. Muertos. Heridos. Pactos. Choques.
Cocinas increíbles. Cucarachas
que morirán por fin. Esas noticias
que siempre son las mismas. Que no cambian
jamás. Que tranquilizan por su cíclica
repetición en su precisa página.

(Es neurosis, me digo. La neurosis.
La enfermedad que aqueja a las estatuas
que escriben libros por no usar la vida.
O a las señoras gordas que trabajan
en su buena conciencia. No. Me miento.
Todo esto son palabras. Más palabras.
Yo también tengo manos. Me he ganado
el pan desde chiquito. Fui a las balas.
Tomé universidad. Pegué carteles.
En resumen: acción a rajatabla.
Simplemente que yo me miro adentro
con malos ojos, por supuesto. Y saltan
los pequeños problemas que se olvida
la gente sin detalles. Gente sana.)

Sin embargo, no es bueno andar sobrando.
Sin proyecto vital, esa esperanza
conmovedora. De asistir a todo.
De ser un poco nadie. Un casi ganas.
De estar entre la gente por si acaso
con la certeza de mirar fantasmas.
De que pensar, odiar, acongojarse
es algo hermoso aunque mejor mañana.
De que la acción más lógica es dormirse.
De que todo lo cura el plomo en cápsulas.

(Y ahora me adelanto, vieja astucia
de mala fe. Conozco: és mi alienada
condición de burgués. Un pequeñito
burgués con la conciencia atormentada
por su contradicción. Porque se niega
a elegir la verdad. Y que no aguanta

que se mezclen los hechos: cambiaremos.
Ya nunca lloverá tras las ventanas.
No habrá ninguno nunca que sumando
lo sabido. Lo visto. Lo que falta,
descubra la verdad desagradable
de que vivir sencillamente mata.)

JOSÉ ALBERTO SANTIAGO
Cardenal Silíceo, 37
MADRID